

ces, claro está, te pregunta cuál es el inconveniente, y tú entonces le respondes: «Que yo no copio...» La marquesa, naturalmente, se queda un poquito maravillada porque tú ya copiaste otras cosas. Las nietas de la marquesa te dicen que por qué no copias, y tú entonces no dices nada. Tú eres un hombre de roca, de bronce, de mármol; tú eres un hombre completamente inexpugnable. Coges el sombrero..., que habrás dejado, para este efecto, por allí cerca. Pues coges el sombrero, y ya que lo tienes en la mano, tú dices muy cortésmente: «Muy buenas tardes.» Y sales; sales de la sala, sales del palacio, sales á la calle... Al salir á la calle puedes decir al portero, que te saluda muy afable: «Yo soy un hombre inexpugnable.»

Aliaga miró de reojo á su amigo: hallóle serio, grave, pálido. Había callado. Después de un momento volvió á decir serenamente, naturalmente:

—Soy un hombre inexpugnable; y dicho esto, te vienes derecho á casa. Aquí estaré yo aguardándote.

—¿Grees tú que el copiar denigra, rebaja?—preguntó tímidamente Esteban.

Antolín, al oír esta pregunta, se levantó del sofá, fuése á la puerta, y asomando la cabeza al largo pasillo, comenzó con grandes gritos á llamar á Serafina.

—¿Qué haces?

Y el de Torrecilla, con la cabeza metida en el oscuro corredor, gritó otra vez:

—¡Serafinal!

Nadie respondió. Llamó de nuevo.

—¿Qué vas á hacer?—preguntó Aliaga cogiéndole de un brazo y empujándole al medio del estudio.—¿Para qué llamas á Serafina?

—Para decirle... que tú eres un hombre completamente inexpugnable.

## CAPÍTULO V

Esteban Aliaga se halla pintando un cuadro del Museo del Prado; es en una sala honda, un poco húmeda, un poco lóbrega. El cuadro que copia es una tabla de colores suaves, leves, pálidos y la impresión que deja en el que lo contempla es también suave, pálida.

Este cuadro tiene en lo bajo, como una franja, otros cinco cuadros pequeños, diminutos, con figuras miniadas. En una cartela dorada tiene el nombre del pintor, nombre tierno y suave como el mismo cuadro: *Fra Giovanni Angelico da Fiesole*. Y luego una fecha que evoca cosas remotas, poéticas y bellas; cosas de la Italia medioeval pronta ya á romper la espléndida granazón del Renacimiento. Es aquella tabla el único ejemplar que el Prado atesora del místico pintor, del monje artista, del *Beato Angelico*.

Esteban pinta lentamente; aquel cuadro parece que debe ser copiado con monacales lentitudes, con la serena y apacible calma de quien vive en un retiro, mirando al cielo y pintando también asuntos celestiales. La sala en que está el cuadro de Fra Giovanni tiene algo de sala de convento: solitaria, silenciosa, de luz cernida, discreta, penetrando por grandes ventanas á ras del suelo, y viéndose á través de ellas, á través de las duras rejas que las guarnecen, una pradera de verdor claro, reluciente, y los recios, los ancianos brazos caídos de una conífera frondosa, oscura, casi negra. El reflejo de la luz en el césped baña la sala de un claror verdoso; el techo de la sala es á su vez techo de monasterio: bóvedas pequeñas, con agudas aristas. De las paredes penden tablas españolas de colores recios, firmes, y tablas flamencas de colores brillantes, ricos, relucientes; se ven fondos sombríos, se ven jardines con flores mustias, descoloridas, flores que parecen de trapo; se ven figuras dolientes que resaltan tristes, llorosas, sobre

nimbos de oro, y se ven otras figuras cruelmente rígidas, serenas, impávidas. Es una impresión de inquietud atormentadora. La acrecientan y la hacen más pavorosa, los cuadros terribles del Bosco, con su revoltijo de estrambóticas y monstruosas visiones: la fantástica fauna, la delirante flora, los endriagos, los vestiglos, las brujas, los diablos, los borrachos, los réprobos, las montañas que arden, el aire que se puebla de fantasmas... Estas parecen obras concebidas para decorar salas de manicomio.

En el cuadro que Aliaga copia, la vista descansa, el espíritu reposa; es de una ternura angélica, de un candor hondo, risueño, plácido. Es el ángel mensajero hincándose delante de María. Llena casi todo el recuadro un vestíbulo de sutil, de fina arquitectura italiana con adelgazadas columnas, con techo azul tachonado de estrellas doradas; es un vestíbulo alegre y aireado. El ángel penetra en él doblando la rodilla, con las manos tiernamente cruzadas sobre el pecho, con los labios entreabiertos, y delante de él, sentada con infinita, con inefable modestia, está la Virgen con las manos también cruzadas sobre el pecho, un pecho que palpita de emoción mística al oír el mensaje. La plegada gramalla del ángel es de un color tan dulcemente rosado que parece pintada con pétalos de rosa. María se envuelve en un manto largo color de cielo, de un cielo profundo, intenso. Un resplandor de oro baja de las alturas, cruza el vestíbulo, se posa sobre la reclinada frente de la Virgen. A la izquierda del portal un jardín de suelo profusamente florido; flores que huellan Adán y Eva, dos figuras muy juntas, huyendo, con aire de miedo, un miedo infantil y candoroso. Ni aun allí, en aquel dramático episodio, acierta el pintor de Fiésolo á ser dramático, terrible: Adán y Eva huyen como niños traviesos que sorprende un guarda en cercado ajeno. Todo el cuadro transpira tierna beatitud, placidez mística; tiene angelical perfume de celda casta.

Está colocado este cuadro en medio de la sala, frente á la luz que entra rasera y vercosa y no puede concebirse mejor estancia para tal obra: el recogimiento silencioso, el ambiente tibio, hasta el húmedo frescor de aquella sala baja, le son propicios.



Esteban á ratos trabaja, á ratos suspende la obra...

Esteban á ratos trabaja, á ratos suspende la obra, y volviéndose de espaldas al cuadro mira el verdor de la reluciente pradera. Las poderosas y melenudas ramas de la conífera sombrean los cristales de la ventana. De cuando en cuando, muy de tarde en tarde, asoma por aquellas honduras algún visitante; mira aquí y allá con ojos que revelan un poco de inquietud, un poco de espanto al contemplar aquellas cosas, y luego márchase silencioso, escurriéndose como si tuviese miedo de hallarse entre tan temerosas representaciones. El vigilante va y viene, pasea con lentos y sordos pasos como hombre familiarizado con todo aquel mundo algo medioeval, angustioso, místico, atormentado.

Hace ya muchos días que Aliaga trabaja en aquella obra que empezó con frialdad y rutinariamente, sin poner en la labor ni un soplo de entusiasmo, pero poco á poco en aquel trabajo halló inesperada complacencia, aquellas horas que transcurrían lentas, silenciosas en la solitaria y umbría sala, fueron depositando en su espíritu un sedimento de placidez y de calma. Parecía que la beatitud, el arrobamiento del cuadro que copiaba se iban infiltrando en el alma; sin duda tenía beleño aquel arte que aspiraba á pintar lo sobrehumano. A poco tiempo de penetrar allí Aliaga se iba sintiendo sumido placenteramente en una atmósfera de recogimiento, en un olvido del mundo; los escasos visitantes que por allí venían eran para él seres inoportunos que le perturbaban. ¡Hallábase tan á gusto en la soledad de aquel sitio, entre las viejas y relucientes tablas evocadoras de edades remotas!

La costumbre de mirarlas borró para él la impresión tormentosa, y al pasar la vista por ellas le hablaban de quietud, de sencillez, de humildad fecunda. De cada una de aquellas escenas parecía desprenderse un ejemplo y de cada ejemplo una lección piadosa; todos los cuadros de aquel lugar sombrío eran ya para él humanitarios porque todos le hablaban muy suavemente, con voz muy queda, pero muy segura, muy clara y muy honda. Los de figuras serenas, tranquilas, le mostraban serenidad ante la vida, una serenidad imperturbable, hermosa; los de figuras dolientes, lacrimosas, atormentadas, le decían con piedad benévola que es

ley de humildad dolor y lágrimas. Tiene cada siglo sus tormentos, pero ¡ay!—decíase Aliaga—pasan pronto como pasaron éstos.

Cada día fué poniendo más parte de su alma en aquella copia; cada vez era más profundo el sentimiento dulce que manaba de ella. Hasta los ojos se recreaban con reposo en aquellos tiernos, suaves, blandos matices de todas las cosas. Las carnes mismas eran de nitidez rosácea, de aterciopelada blancura. Y ¡cosa singular! que á Esteban le preocupaba mucho: la carne de los dos réprobos, la de Adán y Eva, era tan casta como la del Angel y la de María; no había en la encarnadura diferencias de tono entre los pecadores y los escogidos; en todos por igual parecía transparentarse el alma, como á través de las aguas de un lago se transparenta el fondo; un mismo pincel candoroso había pintado á los malos y á los buenos. La inspiración igualábalos á todos, de todos hacía seres palpitantes de beatitud y de candor humano. Aquellos dos jovencillos que atemorizados, apretándose el uno contra el otro, descalzos y en pernetas, huían del jardín florido, inspiraban lástima; no podía creerse que su crimen hubiera sido tan grande, que merecieran ser expulsados de un jardín tan bello y tan casto, y tan lleno de flores.

Esteban Aliaga llegó á hallar risueñas las horas de trabajo en el Museo; iba en cuanto á media mañana llegaba la hora de que abrieran y, algunas veces, pasábase las horas embelesado, compartiéndolas entre la labor tranquila y el dulce ensoñar de cosas placenteras. En aquel trabajo rutinario de copista, halló goces recónditos, nuevos; llegó á pintar con toda la fuerza de un deseo vivo, poniendo en cada pincelada un poco de color y otro poco de alma.

Tal vez aquel arrobamiento, aquella entrega espontánea del espíritu, fué lo que él buscó muchas veces pintando impresiones de sol poniente. ¿Quién había de decirle que hubiera de surgir copiando? ¡Y copiando una tabla devota del siglo xv, tan remoto, tan lejano!

Todo aquello fué para él un raudal de impresiones nuevas, un mundo abierto ante sus ojos ávidos. ¡Feliz la hora en que á la

marquesa del Sagrario se le ocurriera encargarle la copia de aquella incomparable tabla!

Queríala para regalarla á un convento de monjas. Ya veía y saboreaba Esteban todo el arrobamiento, el transporte dulce de las pobres monjitas ante aquella escena tan íntimamente interpretada.

¡Y pensar que el buen Antolín se había opuesto tenazmente á que copiase el cuadro! Se opuso hasta emplear las armas de la ironía y las crueles armas del desprecio.

—Pues que venga, que venga—decíase Aliaga,—que venga y vea esto.

Y luego, con movimiento rápido y piadoso:

—¡Ah! ¡Si pudiese verlo, no diría tantas cosas amargas, duras!

Al salir de allí íbase á su casa, y metido en el taller, pasábase en perezosa quietud las últimas horas de la tarde. La puesta de sol á medio hacer no quiso terminarla; no halló inspiración para ello.

Antolín notaba en su amigo algo extraño que le sorprendía, pero no quiso preguntarle nada; hallábase abatido, caviloso; algunas veces le hablaba sin que le respondiese.

—A éste—se decía Antolín—no le salen las cuentas. ¿Cómo han de salirle? ¿Es posible que un artista como él se satisfaga haciendo copias para los conventos? Te veo; tú estás mustio porque te ves cogido, estrujado; reconoces toda la razón que me asistía; pero no lo dices. Bueno, no lo digas.

Y así pasaron días tristes para Torrecilla, que presentía en su amigo síntomas de algo anormal que le inquietaron. Llegó á decirselo á Serafina, mostrándole sus celos; pero Serafina no quiso hacer caso de aquellas cosas, á las que ella daba poca importancia.

Un día, camino del Museo, halló Aliaga á un amigo, un camarada; hablóle éste de planes que tenía en cartera, proyectos de obras extraordinarias. Esteban parecía prestar atención escasa á todo ello. De aquí pasó el amigo á tratar de lo que hacían otros compañeros, aplicando á cada uno frases mordaces, dentelladas

cruelles; mordía con saña, su locuacidad animada era virulenta. Al copista del Museo le pareció muy extraño aquel lenguaje.

Cuando se halló sentado frente á la Anunciación de *Fra Angélico*, sintió un bienestar muy grande. Recordándolas allí las palabras de su amigo, le parecían charla de demente. En cambio, el vigilante, que se acercaba á ratos para parlotear un poco, era el hombre de más juicio y de más seso que él había conocido. Oíale sin dejar de pintar, respondiéndole con monosílabos; luego el vigilante se iba; daba una vuelta lenta y á la media hora reanudaba la cháchara.

Era un viejecillo de rostro menudo y arrugado como fruta seca; tenía la piel enrojecida y sobre ella resaltaba un bigote pequeño y blanco. Vestía el uniforme de *la casa*; los anchos galones dorados daban un aire venerable á su vejez; sobre todo en las bocamangas eran imponentes aquellos galones; las manos asomando entre ellos, rugosas, flacas, tenían un no sé qué de manos venerables. Lo que desbarataba el señoril efecto del uniforme eran los zapatos: no podía creerse, no viéndolo, que con un uniforme tan reluciente, tan flamante, pudiesen compaginarse unos zapatos de paño negro; eran unas zapatillas un poco vergonzantes.

El viejecillo le hablaba de cosas plácidas, de cosas sesudas. Hacía muchos años que él era guardián de aquel mundo de seres tristes, de seres místicos, de seres grotescos, y sentía por todos un cariño muy hondo; de todos hacía elogios apasionados. Al hablar de las salas altas mostrábase un poco despreciativo, con desprecio ligeramente irónico.

—Morralla, morralla—decía el viejo vigilante.

Aliaga, por piedad ó por oírle—que es lo más probable,—asentía á todas sus opiniones, mostrándose partidario de aquel arte del siglo xv.

—Sí, señor—decía el viejo de los galones;—en dónde está el xv, que se quiten de delante todos los siglos. Créame usted, después del xv, el arte degenera en farsa; con perdón sea dicho.

—Es verdad—responde Esteban;—después del xv, todos farsantes.

Satisfecho, engreído, íbase el viejo á dar una vuelta, lanzando aquí y allá miradas de protección vigilante á las figuras de las viejas tablas.

—Yo no niego—decía arrimándose otra vez al artista,—no, que arriba hay cosas. Sí, hay cosas. Arriba estuve yo algunos años. Pero lo grande, lo verdaderamente grande, es esto. ¡Y qué pocos pintores vienen á copiarlo! Es que no se atreven, ¿sabe usted?

Y al decir esto, el viejecito bajaba la voz, con aire de misterioso secreteo, como para que no le oyesen los artistas que pintaban en las salas altas.

—No se atreven, porque á esto es muy difícil hincarle el diente. Lo de arriba puede copiarse; con un poco de trampa puede copiarse. Aquí no hay trampa que valga, aquí se pinta ó no se pinta; aquí no valen las artimañas.

Al oír esto Aliaga vuelve la cabeza para mirarle con el rabillo del ojo. Duda si aquellas palabras encierran una amable lisonja ó una ironía burlona.

El viejo, sin hacer caso, prosigue la charla:

—Yo me alegro que no vengan; me molestan, sufro. Cuando se marchan y me dejan aquí sus lienzos para que los guarde hasta el día siguiente, me da gana de rajarlos, de romperlos. Sí, señor, mamarrachos, mamarrachos.

Ya se iba inclinando Aliaga á que aquello tenía fondo irónico, cuando el viejo mismo le disipó las terribles dudas.

—Si todos fuesen como usted ya sería otra cosa. ¡Esto da gusto, esto es maravilloso, esto es admirable! Es usted un artista digno de haber nacido en el xv.

Esteban Aliaga no supo qué pensar de aquel elogio, ni de aquel guardián de viejas tablas. La verdad es que á él le parecía que guardaba todas aquellas tablas con la misma indiferencia con que hubiese guardado un almacén de maderas. Y tenía sus motivos para creer esto: algunas veces, olvidándose del siglo xv, le había oído lamentarse muy amargamente de las largas horas de vigilancia, de la inutilidad de aquellas salas á las que no bajaba nadie, de la humedad que había y que le hacía mucho daño.

Todo esto, para el copista, llegó á tener una relación estrecha con aquellos cuadros humildes, candorosos. El guardián completaba la impresión sedante y plácida de aquellas horas; llegó á parecerle una figura más de aquellas tablas.

Entre tanto, el trabajo era lento, paciente, como de artista concienzudo y minucioso que estudia y tantea cada pincelada. Allí no cabía el brochazo, el chafarrinón valiente, la pincelada larga y vigorosa; no, todo era minucia, detalle, prolijidad.

En menudas pinceladas está enfaenado, cuando oye sobre el pavimento de piedra pasos menudos, ligeros.

Se vuelve. Es Guillerma.

Avanza hacia él sin mirarle, mirando su obra; cuando está á su lado le dice:

—Supe que estabas aquí copiando, me lo dijeron mis discípulas: que su abuela te había hecho un encargo.

—Hace muchos días que no te veo. Te busco y no te encuentro. ¿Qué es de tu vida?

—Las lecciones; tengo lecciones nuevas. Hoy aproveché una hora que me deja una niña que está enferma para venir á verte. Buena carrera tuve que darme.

—Se te agradece. Siéntate.

Pero allí no había dónde sentarse.

—Deja; no estoy cansada, tú sigue trabajando.

—No, no; ya iba á dejarlo.

—No, señor; sigue; quiero ver cómo pintas. Eso va muy bien me parece que la de Sagrario quedará contenta.

El pintor respingó en el taburete en que estaba sentado; fué una sacudida brusca.

—Bastante me importa á mí que le guste ó no le guste á la marquesa.

—¡Ay, hijo mío! Pues ella es la que paga.

—¿Vienes con ironías, vienes con burlas, Guillerma? Mira que no estoy de temple para recibirlas.

—Ni yo para lanzarlas... Todo lo contrario... Calma, Esteban, calma.

El viejo vigilante los miraba desde un rincón de la sala. Esteban, distraídamente, puso un poco de color rosado sobre las vestiduras del Angel. La de Torrecilla estaba detrás de él observando alternativamente el original y la copia.

—¿Sabes que mi padre se ha puesto muy bueno?

—Me lo dijo tu hermano.

—Pero queda inútil, completamente inútil. ¡Es una tristeza!

—Mejorará.

—No lo creas. ¡Todo el lado izquierdo paralizado, muerto!

—¿Y tú?..

—¿Yo?.. Ya ves; si no fuese por mí, todos se morirían de hambre. Gracias á que doy lecciones. Antolín, ¿no te dijo nada?

—¿Antolín? ¿Qué tenía que decirme?

—No sé, no sé. Podía suceder que te hubiese dicho algo.

—¿Algo?.. Guillerma, ¿qué tienes?, ¿qué sucede? Habla claro, sin rodeos. ¿Ocurre algo?

—No, no; no ocurre nada.

Y después de una pausa llena de alientos angustiosos:

—No ocurre nada nuevo.

—Es extraño cómo hablas. Nunca hablaste de ese modo.

—Muchas veces, Esteban; sólo que tú no me escuchabas.

—Pues te escucho ahora y quiero que hables.

Esteban se volvió hacia Guillerma; con sus hermosos y azules ojos la envolvió en una gran mirada; la miró mucho tiempo. Entre tanto la de Torrecilla fijó los suyos negros y húmedos en el cuadro del pintor de *Fiesole*. Aquellas cabecitas rubias, todas rubias, la de la Virgen, la del Angel, las de Adán y Eva, eran muy semejantes á la hermosa cabeza rizada y rubia de su amado. Creía mirar ésta mirando aquéllas.

Aliaga soltó el pincel y la paleta; cogió entre sus manos una mano de Guillermina.

—Quiero que me digas lo que pasa, porque es indudable que á ti te pasa algo muy grave.

Guillermina no habló; siguió mirando el místico asunto que tenía delante: la Virgen con el pecho hundido por la emoción; el

Angel arrodillándose, con los brazos plegados; Adán y Eva corriendo juntos, pisando flores. Aquella visión dulce, encantadora, le daba serenidad, pero le quitaba fuerzas; influía en su ánimo, infiltrándose en él un espíritu de quietud y de apagamiento.

De pronto vió Aliaga que los ojos de Guillermina se llenaron de lágrimas; aquellas lágrimas no rodaron por las mejillas pálidas; no hicieron más que humedecer los ojos, brillantándolos.

—Pero, criatura, ¿qué tienes?

—Tonterías, pequeñeces; cosas de los nervios; no me hagas caso. Sigue, sigue pintando. ¿Sabes que este cuadro es hermoso, es insinuante? Mira, me parece uno de esos *andantes* melancólicos, blandos...

—Sí; muy bien. Pero ahora no es de arte de lo que tratamos.

—¿Pues de qué vamos á tratar entonces?

—¡Guillermina!

—Suéltame, Esteban; pueden vernos. Suéltame.

Esteban quedóse confuso y desconcertado. Nunca había visto á Guillermina de aquel modo; siempre había sido para él sumisa y él siempre dominador, tirano. Vaciló un momento entre seguir pintando ó mostrarse por primera vez blandamente amoroso.

Guillermina comprendió con sagaz mirada el titubeo y se propuso aprovecharlo antes de que el altivo espíritu de Aliaga reaccionase.

—Esteban, no pienses más en mí; todo ha terminado. ¡Todo, todo, todo!

Y dicho esto respiró anchamente como el que se alivia de pesada carga. Quedó además satisfecha de haberse expresado en aquellos términos vulgares, pero rotundos, de los que no dan lugar á dudas. Hacía muchos días que ansiaba y temía aque l momento... Ya había llegado, ya había pasado. Sintióse fuerte, con fortaleza soberana, dueña de sí misma como nunca lo había sido. Nadie hubiera podido hallar ni en su voz, ni en su rostro, el rastro más fugaz de enternecimiento. Habló con energía y serenidad de que ella misma quedó maravillada.

El pintor se levantó de su asiento.

—¿Te has vuelto loca, Guillerma?

—No; ya lo sabes; no pienses más en mí. Figúrate que no existo; figúrate que me he muerto.

—Explicame la causa de esto; yo debo saber á qué obedece.

—No preguntes. Si no es nada; nada. Es que ha terminado todo.

—¿Es posible que así... sin más explicaciones?

—Sin más explicaciones.

—Imposible.

—¡Ah!

—¡Guillerma!

—Déjame, déjame. Sigue tu obra, sigue pintando.

La de Torrecilla se apartó rápidamente del lado de Esteban y fué corriendo al lado de la ventana por donde entraba la luz verdosa, tibia. Esteban la vió llevarse el pañuelo á la cara.

La temida crisis de enternecimiento, la que Guillerma temió tanto, había estallado. Si ella hubiese tenido valor para salir corriendo en cuanto lanzó las palabras fuertes, decisivas, no hubiese dado lugar á la explosión del llanto. Quizás hubiese llorado fuera, lejos, en donde él no la viese, pero aquel llanto solitario no importaba. Era natural que llorase: el tirón era fuerte, un desgarrador doloroso. Ella le amaba con toda la fuerza de su alma.

Aliaga fué hacia el balcón, al lado de Guillermina; le separó las manos de la cara.

—No seas tonta; no llores. Será que te han dicho algo y tú haces caso de calumnias, de envidiosos. No es posible que sea verdad lo que me has dicho. Y ahora, ahora, Guillerma, que te quiero más que nunca.

—¿Ahora? ¿Por qué ahora?

Esteban Aliaga con su mirada penetrante y fría miró intensamente los negros ojos de Guillerma.

Por la ventana veíase la pradera de un verde fino y brillante; el sol de la tarde la iluminaba de soslayo y las sombras de la añosa conífera caían sobre ella en manchones sombríos, mates.

—Di, Esteban: ¿por qué ahora más que nunca?

—Porque así son las cosas. Yo no sé explicártelo. Si ahora dejases de quererme..., yo me pegaba un tiro.

Y al decir esto cogíale con dura zarpa las dos manos.

—Pues no, no—clamó ella,—no puede ser; te juro que hemos acabado; mi resolución es firme, es decisiva. Ya lo sabes; no me preguntes nada; no me busques más. Yo ya me aparté para siempre del camino de tu vida. Para siempre. Sólo quiero que tengamos un buen recuerdo; eso sí; por Dios, Esteban, un buen recuerdo de horas felices. ¿No fueron para tí horas felices? Pues bien; un buen recuerdo de esas horas; concédeme esto, nada más que esto. Es bien poco lo que te pido.

—No comprendo una palabra de lo que estás diciendo. Llegaré á creer que has perdido el juicio, ó que tú nunca me quisiste.

—Piensa lo que quieras.

—¿No te importa nada?

—Me importa todo. Tú mismo me importas tanto, que por eso, por eso.

—Habla lealmente: á ti te han dicho algo de las nietas de la marquesa.

—¡Si no son celos, Esteban!

—Sí, lo son; puse el dedo en la llaga.

—Te juro que no son celos. Si lo fueran, te lo diría; y verás tú: voy á decirte todo lo contrario. Por mí vas á saberlo.

—Calla, calla; no delires.

—Déjame hablar: quiero que por mí lo sepas.

—Calla; no quiero saber nada. Serán tonterías, ocurrencias tuyas.

—Sí; es verdad; se me ocurrió no sé cómo; á fuerza de pensar en esto, de pensar noche y día diciéndome siempre: debe acabar todo; es imposible querernos. Y poco á poco nació la idea. ¡Ay! Si vieses qué alegría cuando nació la idea.

—Guillerma, te estás burlando.

—No por Dios, Esteban; no me burlo. Te hablo con toda la verdad de mi alma. Créeme: sentí una gran alegría cuando nació la idea.

—¿Pero qué idea fué esa?

—Te la voy á decir. Yo dudaba, dudaba cuál de las tres sería preferible. ¡Era tan difícil saber cuál de las tres sería preferible! Pero comencé á estudiar despacio, con mucha serenidad, con muchísima calma.

—¿Y qué sacaste en limpio?

—Es Alma. Te juro que es Alma.

—¿Alma es la preferible?

—Las tres son buenas, angelicales. Pero la preferible para tí es Alma.

—Muy bien; pues nada, no hablemos más; sea Alma.

Y dicho esto en un tono jocosó, se dispuso á volver á su obra. Guillerma no le dejó; cogiéndole una mano, le retuvo cerca de ella.

—No te marches; aún no hemos acabado.

—¿Pues qué falta? Ya lo sé todo: es Alma, es Alma.

Y al expresarse así acentuaba el tono fríamente festivo.

Viéndolos allí, á la contraluz enérgica de la ventana, parecían dos figuras más de aquellas tablas del xv. Ella una figura atormentada y dolorosa de tabla flamenca; él uno de aquellos graves, fríos, rígidos varones, de tabla germana. La placidez silenciosa de aquella sala hacía más vivaz la agitación de la amorosa escena. El vigilante iba y venía con paso lento, sin comprender diálogo de tanto brío en una mansión de tanta calma.

—En la hora de la lección—dijo la de Torrecilla fingiendo una serenidad admirable—me dediqué á estudiarlas cuidadosamente. Vacilé mucho. Se parecen tanto, que el más pequeño detalle me dejaba desconcertada, perpleja. Pero no desmayé por eso. Hablábamos de ti; yo, mañosamente, traía la conversación, rodándola hacia ese lado.

—Basta, Guillerma. No tengo paciencia para oír tales delirios.

—Espera.

—No; basta.

—Hubo días en que pensé: es Alicia. Pero no estaba segura; seguí sondeando, sondeando... Esto por lo menos tienes que agradecerme; por tí lo hice.

—Pues agradecido.

—No te burles; yo te hablo muy seriamente. Déjame acabar de decirlo todo; tengo que marcharme; otra discípula me espera.

—¿Y la vas á estudiar también por si me conviene? Veo que te dedicas á buscarme novia entre tus discípulas.

Guillermina hizo un penoso esfuerzo para sonreirse. Y se sonrió en efecto, pero triste, dolorosamente.

—¡Y quieres que no me burle!—murmuró Esteban endulzando la voz.—¿Te parece que es posible oír serenamente tus delirios de niña exaltada? Porque eso es lo que tú eres: una exaltada; y yo no quiero exaltaciones, yo quiero la paz, yo quiero la calma. Vete, si tienes prisa; vete y vuelve mañana.

—¿Volver yo?

—Sí, mañana; mañana te espero.

—Que no vuelvo, Esteban; que hemos acabado.

—Sí; hemos acabado por hoy. Mañana será otro día.

—Te advierto, Esteban, que mi resolución no es raptó, ni ímpetu; no son tampoco celos, ni despecho. Esteban, despidámonos como dos buenos amigos, como dos camaradas que juntos soñaron en su arte... ¡Aliaga, Aliaga, fuiste muy cruel conmigo! Pero te lo perdono todo. Aun siendo cruel, te quise; fui feliz queriéndote. Si quisieras escucharme, te daría un buen consejo.

—Escucho.

—Cásate con Alma.

—¡Qué afán casamentero!

—Alma te quiere.

—¿Fue capaz de decírtelo?

—Si me lo hubiera dicho ella, sabría guardarle el secreto.

—Y tan secreto. Yo no lo he visto.

—Puedes verlo.

—¡Guillerma, me estás desesperando!

—Porque no quieres convencerte.

—No hay convicción posible. Estás perturbada; cuando te calmes, ven y hablaremos.

—Cuanto te estoy diciendo me costó días amargos, noches de

insomnio. Hablo serenamente. Tú sigues tu camino; yo sigo el mío; tú naciste muy alto; yo nací muy abajo; la casualidad nos reunió un momento. Demos gracias á la casualidad, pero seamos razonables y á seguir cada uno su senda ó, si quieres, su calvario.

—Te empeñas en hacer de la vida un calvario lleno de lágrimas. Tú, de ti misma, puedes hacer lo que quieras; pero de mí..., ¿por qué me atormentas?

—Yo en tu vida seré siempre un estorbo, rémora. Prefiero un recuerdo dulce á una realidad dolorosa, atormentada, llena de inquietudes.

—Aléjate de mi lado y matarás mi arte; puede que á mí mismo me mates. Sí; puede que me mates.

Tal frialdad puso Aliaga en estas frases, que la de Torrecilla al oírlas sintió un estremecimiento. Repúsose pronto con un esfuerzo de voluntad inmensa.

—Yo te quiero, te querré siempre. Eres tú, mira bien que eres tú el que te alejas. ¿Acaso por ti no renuncié yo á todo: mi ideal, mi sueño, mi arte? Mi sacrificio no me duele, ni me dolerá nunca; pero me dolería el tuyo. El tuyo no, el tuyo no puede ser, Esteban.

—El de los dos, Guillerma. ¿No lo vale nuestro cariño?

—No quieras convencerme.

—¿Temes ser convencida?

—Pues sí, lo temo.

—¿Te sientes débil?

—¿No te he dicho que te quiero?

—¿Pues quién impide que nos queramos? Ya te lo dije: ahora más que nunca. Me preguntas por qué y yo no sé responderte. Son estados de espíritu que se sienten, pero no se explican. Sí, Guillerma, más que nunca. Mira aquí alrededor. ¿Ves todo esto? ¡Qué cosa tan extraña! Este mundo de paz, de quietud, de misterio, se me ha metido en el alma como ninguna cosa de este mundo; estas horas me han enseñado algo que yo no conocía; es algo que á mí mismo me sorprende. Es una cosa grande.

—Pasaré en cuanto salgas de este mundo; obsesión volandera, impresión de unos días... ¡Y cuando pase!..